

DOMINGO XXI – ORDINARIO (CICLO A)

Isaías 22,19-23.	<i>Colgaré de su hombro la llave del palacio de David.</i>
Salmo 137.	<i>Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos.</i>
Romanos 11,33-36.	<i>Él es origen, guía y meta del Universo.</i>
Mateo 16,13-20.	<i>Tú eres Pedro y te daré las llaves del reino de los cielos.</i>

COMENTARIO A LAS LECTURAS

Dos preguntas, dos retos al responder nos lanza Jesús en el Evangelio de este domingo.

La primera pregunta: “¿quién dice la gente que es el Hijo del hombre?”. Es una pregunta genérica acerca de los comentarios que sobre Jesús hay entre la gente. Estos no han tenido una relación directa con el Señor y por eso las respuestas son muy genéricas, algunas muy apartadas de la realidad; seguramente harían gracia a Jesús por lo inadecuado de su contenido. Unos confundían a Jesús con el precursor del Mesías (¿cómo iba a ser un personaje así, tan débil en apariencia, el verdadero mesías?) o incluso menos, sólo como uno de los antiguos profetas. En esas respuestas tan divagantes, se denota el desconocimiento de Jesús; sí, se le valora de algún modo, pero no se entra en su ser, en su verdad, sigue siendo un personaje lejano, que no implica la propia vida.

En buena medida algo muy parecido a esto pasa en la actualidad. A Jesús no se le conoce, no se le reconoce en su verdadero ser, en su verdadera aportación a la humanidad. Sí, se le tiene estima, se le interpreta de muchos modos, hay un interés por él en la literatura actual, en el cine, en las tertulias, en muchos grupos religiosos o de cualquier tipo; pero se le ve como algo lejano, del pasado, se le valora en su mensaje, pero no en su persona ni en lo que de impronta ha dejado en su Iglesia y en toda la humanidad. Hoy la gente diría de él que fue un gran personaje en su tiempo, con un gran mensaje, pero alguien también superado o por superar. El primer reto de los cristianos hoy por hoy es dar a conocer el verdadero Jesús-Cristo, que sea conocido vitalmente y no sólo de oídas.

La segunda pregunta es, si cabe, aún más interesante: “y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. Esta si es una pregunta mucho mas directa, lanzada a sus amigos, a su confidentes, a aquellos que han tenido el privilegio de estar con él de contemplar sus obras y milagros, de escuchar en vivo sus palabras. Han tenido y tienen una experiencia directa del Señor, son sus discípulos, sus amigos. En la respuesta no caben ambigüedades ni ideas confusas, la respuesta debe ser directa y vital.

Simón Pedro es quien la da en nombre de todos: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Quizás Pedro no entiende aún el alcance de su respuesta, de hecho en el episodio posterior del evangelio va a fallar a Jesús, tratando de enmendarle la plana, pero sí ha dado una respuesta directa y auténtica en su contenido. Él es el Mesías, el Cristo, el Ungido de Dios y por tanto en él se cumplirán definitivamente las esperanzas de todos los justos del AT y las expectativas de salvación de Israel. Pero también es el Hijo de Dios, tiene una relación muy especial y única con el Padre y también con toda la humanidad, es el Señor y salvador de todos. El contenido real de la afirmación de Pedro sólo se entenderá después, a la luz de la muerte y resurrección de Jesús.

Esta es la respuesta del amigo, del discípulo, del que quiere a Jesús y siente algo muy especial por él. Pedro sí ha entrado en esa intimidad, aunque sea sólo por un momento, y se ha quedado admirado ante el corazón de Cristo. Ese segundo ha sido un regalo del Padre, una verdadera revelación, ha pensado según Dios, no según los hombres.

Nosotros debemos responder del mismo modo, no con respuestas ya sabidas en la doctrina o el catecismo, sino con la respuesta de la fe, poniendo nuestras vidas en ese Jesús-Cristo salvador mío y de todos mis hermanos. La respuesta de un discípulo, de un confidente, de un amigo. Pero ¿en verdad estamos preparados para ello? ¿Hemos entrado en esa intimidad con el Señor en la oración, en la escucha de su Palabra, en el amor? O ¿hablamos sólo de oídas, con respuestas ya aprendidas y frías? En esto no cabe divagar. Jesucristo no es alguien más para el cristiano: es el centro y el motor de nuestra vida. Conocerle y amarle es lo más importante. Sólo desde ahí podremos dar después más pasos adelante.

Viene después el pasaje en el que Jesús alaba la respuesta de Pedro, cambiándole el nombre de Simón, instituyéndole en ese ministerio tan especial y fundamental en la Iglesia de tener las llaves, atar y desatar. Y es que la Iglesia de Jesucristo siempre tendrá como fundamento a aquel que ha confesado la fe auténtica.

No es este el momento de detenerse en este tema, pero sí el momento de orar. Orar por nosotros, para que el Señor sea realmente alguien significativo en nuestras vidas, para que conozcamos en verdad a Jesús, para que seamos sus amigos y discípulos, sus testigos. Orar por aquel que hoy tiene el ministerio de Pedro en la Iglesia, el gran papa León XIV, que con su profunda sabiduría, piedad y fortaleza es hoy quien nos confirma en la fe. Amén.

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

Jesús también me pregunta hoy: "Y tú, ¿quién dices que soy yo?" ¿Cuál sería mi respuesta sincera, no aprendida de memoria, sino nacida de mi experiencia de fe?

Pedro reconoce a Jesús porque se deja iluminar por Dios. ¿Busco momentos de oración y silencio para descubrir quién es realmente Jesús en mi vida?

Jesús confía a Pedro una misión a pesar de sus debilidades. ¿Creo que Dios puede servirse también de mí, con mis límites, para hacer el bien y anunciar el Evangelio?

La fe de Pedro se convierte en fundamento de la comunidad. ¿Cómo contribuyo, con mi oración, mi compromiso y mi testimonio, a fortalecer la unidad y la vida de mi parroquia?

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL
